



4º Concurso de Relatos Hospital Obispo Polanco

1er premio:

“Cuenca Minera”

Autora: Florencia Falo Sevil
Centro de Salud de Utrillas

2º premio “ex aequo”:

“Diario de Darío Soli”

Autora: Concha Fernández Millan

“Salvar Muros”

Autora: Remedios Clérigues Amigó
Hospital Obispo Polanco

Patrocina:



CUENCA MINERA

Otra vez el frío. Y la nieve. Aquí los inviernos son duros.

La noche cubre el cielo y la tierra de una oscuridad inquietante y silenciosa.

Toda su cúpula se invade de infinidad de estrellas que saetean sus punzones de brillo gélido, iluminando tímidamente los campos desnudos, las casas, las fuentes....

Las calles tiritan de frío y abandono. En el aire helado, el aliento de alguien transparente entrechoca su vapor caliente. La luz tenue de una farola se refleja en la nieve que cubre de plata toda la superficie y en las agujas de hielo que, desde los tejados, amenazan al suelo sus puntas afiladas.

Por la mañana, la niebla borra el sol y el paisaje. Sólo se adivina la silueta del tren que está aparcado en su jubilación a la boca de la mina y que, en otro tiempo, recogiera el negro producto que le desentrañaban unos hombres teñidos de carbón.

Brillan los témpanos que cuelgan desde el techo de su máquina oxidada, de las ventanas rotas y del borde de la chimenea que, tiempo atrás, vertía el humo negro de su alimento...una blanca capa de nieve la cubre, contrastando en la superficie ennegrecida de verde óxido.

El ruido de los percutores, los martillos, las barrenas, la máquina desplazándose por la vía, el crujido del ascensor de madera...todo se silenció hace años.

La paz del reposo se ha asentado en las cuencas. Sólo algunos testigos evidencian su protagonismo en faenas mineras. Pero de eso ya hace mucho.

-¡Sólo de subir la cuesta, me fatigo! ¡Estas nieblas me sientan fatal!

-Bueno, ahora siéntate y descansa.

Cosme lo hace, tratando de alcanzar algún halo de oxígeno que entre por su boca y logre horadar las galerías de sus bronquios. Breves bocanadas rápidas que alivien sus maltrechos pulmones.

-¡Fueron muchos años tragando el polvo!- Logra decir con su hilo de voz entrecortada.

- Claro, y las condiciones en las que trabajabais.- añadido.

A Cosme, el carbón le embetunó el cuerpo, las entrañas y la vida. Entró joven y la mina le tiño de plata las sienas.

Años y años bajando al fondo oscuro. Unas vigas de madera apuntalaban la entrada de la mina, que engullía con avidez a los hombres y sus ilusiones.

Los recuerdos se le presentan vivos, en blanco nieve y negro carbón, pero vivos al fin y su mirada se extravía por la ventana, fijándose en las imágenes que aparecen fluctuando en algún lugar de la neblina que esfuma los límites. Una sonrisa triste trata de armonizar el pasado y el presente.

-¿En qué piensas, Cosme?

-Nada, estaba recordando la dureza de aquel trabajo. A veces la mente se me va allá. Enganchados a la cuerda y con la lámpara de carburo, bajábamos hasta el tajo que nos esperaba para que le arrancáramos sus entrañas de carbón. Aunque la mina era despiadada y vengativa y hacía lo mismo con las nuestras. Pisando charcos de agua y barro ennegrecidos, se llegaba hasta las galerías donde la humedad entumecía el cuerpo. Las paredes arañaban la espalda, restregaban los hombros, golpeaban las piernas y el polvo agrietaba la garganta.

La necesidad de inhalar aire detiene sus recuerdos, haciéndole regresar por la ventana

al interior del Centro de Salud. Acomoda su cuerpo al asiento y la sonrisa vuelve a iluminar su cara.

-Empecé en el Pozo Santa Bárbara, ¿lo conoces

-No, Cosme, no lo conozco.

-Después en el Pozo Pilar, ¿conoces ese? Era muy grande. Tenía unas galerías de dos kilómetros de largo, y las cámaras...algunas ¡de hasta tres metros y medio de alto!

En este pozo ya se trabajó con los Pánzer que venían de Alemania y, claro, con esos transportadores blindados, las excavaciones eran más rápidas.

-¿Y la mina de Santiago?, esa está aquí mismo, bajando por la cuesta de las Barriadas, cerca de la tienda de la Bea, ¿sabes dónde es?.

-Si, Cosme. No la conozco por dentro, pero he estado en la boca.

-Otras minas, como la del Murciélago, las destruyeron y dejaron a cielo abierto, muchas veces por los desmontes, llevando y trayendo toneladas de tierra de un lugar pa otro.

Y Cosme habla y habla, explayándose con toda la sabiduría en estas y otras faenas que el trabajo y la vida le enseñaron.

-¡Qué tiempos aquellos! Hizo bien el chico cuando se fué de aquí. Su madre no quería que bajase a la mina. Ya tenía bastante conmigo. La pobre, lo pasó muy mal.

Llegó aquí cuando era muy joven. La necesidad de huir de una realidad precaria, movilizó a toda la familia en pos de una llamada que la fortuna generosa les hizo, prometiéndole y asegurando una vida de riqueza.

Los cánticos de sirena les fueron indicando el camino, aunque esa melodía sugerente y embaucadora se transformó en la llamada autoritaria, chirriante y sin concesiones que

todos los días y en distintos turnos, anunciaba, con el tono ascendente de su aullido, el momento de bajar a la mina.

Era como la loba reclamando sus presas, con la avidez e intención de marcar a Colmillo a los que traspasaran sus fauces.

-El patrón, el patrón fue el que se hizo rico.

Conserva el aspecto de viejo luchador reivindicativo de eternos derechos. Su mirada directa, abierta y clara, habla sin palabras. Hubo que inventar, negociar, establecer e imponer condiciones que permitieran no morir en el vientre de la tierra. Cada día despertaba un nuevo reto de lucha por mantenerse en pie y que el cansancio no declinara sus fuerzas ni sus esperanzas por conseguir unas condiciones de vida más dignas para todos.

Doce horas diarias. Seis días a la semana. Meses plagados de días. Años cuajados de meses. Vida en la oscuridad. Al salir, la luz arañaba los ojos.

Hubo otras explosiones. Muchas provocadas por la pólvora para abrir camino y de otras se encargaba la propia mina que se resistía a ser violada. Pero ninguna como aquella. La bolsa de grisú acumulada reventó y con ella dos mineros.

-El Manuel y el José. Buenos compañeros. Yo entonces tuve suerte. Solo me rozó el costado. A los dos los sacamos desescombrando la galería, con el polvo de carbón en las entrañas y la desesperación en las almas.

Al Miguel, una roca le aplastó la pierna y al Pedro le arrancó el brazo y los demás, envueltos en la nube asfixiante, nos arrancamos las uñas y las manos para liberar a nuestros compañeros, envueltos en dolor y sangre.

Dentro de la mina, todos tenemos que ir "a una" y fuera de ella, también. Entre el fondo de solidaridad que habíamos creado y que todos nos encargamos de que así

fuera, a las viudas no les faltó de nada, ¡faltaría más!.

Al día siguiente, todos volvieron al tajo, ante las miradas fiscalizadoras del patrón y la rabia y el llanto contenidos, como germen de nuevas promesas.

Pero la mina siempre se cobra su factura y deja sellados a los que tuvo sometidos.

A Cosme le regaló una silicosis que le dificulta subir la cuesta de este pueblo, nacido en las alturas de la sierra, a orillas de los negros ojos de la montaña y que le permite respirar con menos dificultad, solo los días en los que las condiciones meteorológicas, el duro trazado urbanístico o su propia evolución, les son favorables.

Hace unos días que no tengo noticias de Cosme.

La nieve caída y la niebla, han aislado este pequeño reducto minero y con él a sus gentes.

Esta mañana, el silencio se ve roto por los tres toques funerarios de la vieja campana que, desde la oculta torre de la iglesia, despierta con tristeza a los vecinos.

Azul

DIARIO DE DARIO SOLI.

Hola, me llamo Darío y tengo once años. En el colegio me han puesto como tarea para el fin de semana escribir una redacción sobre la solidaridad; en fin, me parecía un poco rollo porque es una palabra que no escucho demasiado. He buscado su significado en el diccionario y ponía: “modo de derecho u obligación en comun”, y también “adhesión circunstancial a la causa, empresa u opinión de otro”, y no lo he comprendido del todo. He preguntado a mis padres. A mi padre le vino al recuerdo un sindicato polaco de los años ochenta del siglo pasado que se llamaba así. Mi madre me ha dicho que una persona solidaria es aquella que actúa en unión a los demás para hacer alguna buena obra para el beneficio de muchos, para ayudarse mutuamente, compartiendo ideales e intereses, y creo que lo he comprendido mejor. También he oído muchas veces acerca de campañas solidarias contra el hambre, las inundaciones o los terremotos que sacuden justa, mejor injustamente a los países más pobres de la tierra. A veces hemos participado en alguno de esos donativos, y yo también he metido algunas monedas de mi propina en el sobre del donativo o en la hucha en forma de jarra que llevan los voluntarios de Cruz Roja, que después te ponen en la solapa de la camisa una pegatina (de pequeño recuerdo que me hacía mucha ilusión).

Pero ahora me viene a la cabeza una historia que me sucedió hace un año, cuando iba a quinto de primaria, y que tiene que ver con el tema de la redacción. La acción se sitúa en mi colegio, en mi clase más concretamente.

Mi colegio está situado en un barrio de las afueras de una gran ciudad. Llama la atención porque te lo encuentras paseando entre las calles y bloques de edificios grises, y te sorprende una de sus fachadas, decorada con un enorme graffiti de vivos colores, que representa un gran arcoíris que separa un mundo oscuro, en guerra, de casas bombardeadas y paisajes desolados, de otro en el que el cielo es azul, brilla el sol, una paloma blanca lleva en el pico un mensaje de esperanza, la tierra es verde y luminosa, y donde niños, mujeres y hombres se dan la mano bailando en círculo alrededor de una

extraña fuente con la forma de un ángel que sostiene un pez, de color plateado y brillante, y de la que brota luz en lugar de agua.

Aparte de ese graffiti que le encargaron a Paco, un chaval del barrio muy especial del que luego también os hablaré porque es un protagonista importante de mi historia, el colegio es como muchos, con una de esas vallas que nos separan a los niños del mundo, y dos bloques de ladrillo anaranjado con grandes ventanales.

Yo iba a clase con otros veinte niños y niñas , cada uno de su padre y su madre, todos nos conocíamos desde que íbamos a educación infantil. Con nosotros venía una niña que se llamaba Sandra. Siempre me llamó la atención , desde pequeño, porque a menudo venía a clase despeinada, con las uñas largas y sucias, y la ropa vieja y desgastada. A veces, incluso, olía algo mal y mis amigos Juan Pedro y Luis se metían con ella, yo a veces también me burlé a su costa, lo reconozco y me arrepiento ahora, a veces resulta tan fácil divertirse metiéndose con los que son diferentes o los que parecen más débiles...La verdad es que yo también sentí esa especie de miedo y rechazo hacia esa niña rara y distinta. Mi madre me contó que la mamá de Sandra tenía problemas con la bebida, y que su papá no trabajaba y les pegaba a las dos. Sandra no hablaba nunca. No decía ni mu. Ni a los profesores, ni a los otros niños, por mucho que nos metiéramos con ella.

Al inicio del curso pasado, Sandra desapareció durante un tiempo de la escuela. Nadie supo el porqué, pero la madre de mi amiga Marga, que trabaja de enfermera en el hospital, se enteró de que había estado ingresada. Le operaron de apendicitis, y al descubrirle los moratones y quemaduras que llevaba en el cuerpo se la quitaron a sus padres y la llevaron a un piso de acogida donde viven los niños cuyos padres no pueden atenderlos bien.

Al cabo de un par de meses, Sandra volvió de nuevo a nuestra clase; su aspecto era más aseado y limpio, llevaba una ropa más nueva y tenía mejor aspecto, incluso se había engordado un poco...pero seguía teniendo aquella mirada sin brillo y aquel gesto triste de siempre. Aquella mirada y aquel

gesto que se me aparecían en sueños a veces. ¿Qué podía hacer para ayudarla?. Ya no nos metíamos con ella, pero un extraño muro de silencio que ni ella ni nosotros podíamos atravesar nos separaba.

Hasta que Paco rompió el silencio. Fue en el festival de Navidad que todos los años se organiza en el colegio, y en el que Paco actuaba al final, cantando canciones de rap que el mismo compone (es rapero, además de grafitero), y que son muy aplaudidas por todos, nos encantan, siempre estamos esperando con impaciencia sus nuevas composiciones y le pedimos que nos repita las que ya conocemos. Es el ídolo de nuestro barrio, le adoramos, hasta los chicos (y sobre todo las chicas) del instituto vienen a sus actuaciones. Esta fue la letra del rap que dio el primer golpe de mazo al muro de hielo con Sandra:

“Escuchad, hay una niña de mirada triste / nadie la mira pues su pena puede herirte

Está escondida, busca el anonimato/ no le dieron mas opciones, o te callas o te mato

Así que nunca habló, así que nunca amó, así que nunca tuvo amigos que la quieran como yo

Pero yo te he visto, pero yo te canto

Descubri un mar profundo en la sombras de tu llanto

Sin palabras tu mirada me habló de tu dolor/ y las penas con cadenas en tu castillo interior

Y hay una luz, una ilusión, una esperanza que abriga tu corazón/ la veo en tus pupilas y en la furtiva sonrisa que una tarde se escapó /de una boca/ que estuvo sellada /como una carcel, como una roca/ que ahora espero que sonría, que suspire, que me hablé y que se ría, que suelte el río de sus sueños y deseos, y cuentos de hadas/ y versos de la nada,/ como lo que yo te canto / lo que yo te cuento con todo mi aliento/ que me hables algun día/ de tus penas y alegrías, del misterio que te aflige, del misterio que te rige/ Yo te tiendo mi mano, tiéndeme la tuya, seré siempre tu amigo, con corazón y de corazón te lo digo”

(A todo esto hay que añadir la música y el ritmo de fondo, la entonación y la voz de Paco, que no se pueden reproducir en una redacción). Y terminó este rap tendiendo su mano grande y fuerte hacia

Sandra, y ella le tendió su manita pálida y huesuda, al rapero favorito, a nuestro ídolo de barrio. Paco la subió al escenario y le dio un abrazo. Ella sonrió, agradecida; por fin alguien se ocupaba de ella, le dedicaba una bonita canción que nos hizo aflorar las lágrimas a muchos. Hasta las cosas más tristes parecen hermosas en las canciones y poesías.

Si la palabra solidaridad me dice algo en mi vida, os diré que lo descubrí en aquel momento, mis amigos y yo cruzamos nuestras miradas, y supimos que algo iba a cambiar, algo nuevo iba a ocurrir y ese muro que se había levantado iba a caer.

Se empezó a romper con pequeños gestos al principio.

Marga le sonrió en clase, y las dos se rieron por lo bajinis cuando mi amiga le cuchicheó al oído a Sandra que al profesor de inglés se le veían los calzoncillos de los Simpson. Y Ana y Sole, las amigas del alma de Marga, empezaron a intercambiar cromos y libros de Jerónimo Stilton con ella, y a jugar juntas a la comba. Yo también le hice sonreír contándole algunos chistes de Lepe.

Descubrimos que era una buena amiga, aunque seguía sin decir ni mu, pero al menos escuchaba con atención y sonreía. Con su mirada, sobraban las palabras.

El día de su cumpleaños, ideamos un plan con Marga y sus amigas, Juan Pedro y yo para darle una sorpresa. ¡Decidimos llevarla por primera vez en su vida al cine!. Para ello, hablamos con sus tutores y con nuestros padres, y a todos les pareció muy bien. Así que fuimos a ver “la Bella y la Bestia” (tengo que reconocer que hice de tripas corazón para ir a ver una peli de princesas, pero luego descubrí en el mensaje de la peli que las apariencias engañan y que debajo de lo que parece más malo y terrible puede esconderse algo bueno y valeroso, y para descubrir eso hay que mirar con el corazón y no por las apariencias. Hasta me emocioné cuando la bella y la bestia bailaron.)

En fin, yo miraba de reojo a Sandra y todo el tiempo la descubrí boquiabierta, sonriendo, con los ojos brillantes de lágrimas, esta vez de lágrimas de emoción buenas, junto a unos amigos que la querían.

Al salir del cine, pronunció la primera palabra que escuchaba de su boca. “Gracias”, dijo, y me hizo temblar de emoción. A los cuatro que le acompañamos. Ha sido el agradecimiento mas inmenso que jamás he recibido.

Jugábamos con Sandra, compartíamos con ella nuestras ilusiones, libros, pelis, cromos, cotilleos....A lo largo del curso pasado fuimos juntos a excursiones, y durante muchos días y ratos disfrutamos de su presencia callada e intensa, de silencios sonrientes, de pocas pero justas palabras.

Pasó el verano y Sandra no ha vuelto a nuestra clase. Nos hemos enterado que una familia de buena posición y muy católica le ha adoptado. Le han sacado del centro de acogida donde vivía y le han llevado a vivir con ellos, una señora y un señor con tres hijas, que serán ahora sus padres y hermanos. Parece que está inscrita en un colegio de pago lejos del nuestro, y no sabemos nada de ella, ni su teléfono ni su dirección. Nos dio mucha pena su marcha. Espero que le vaya muy bien con su nueva familia, que se sienta al fin querida y cuidada.

Yo quiero volver a verla , seguir siendo su amigo, que nunca mas vuelva a sentirse sola o herida .

Aun escucho algunas veces aquel “Gracias” en sueños y me despierto con la ilusión de encontrarme con ella cualquier día. Pintando un puente de arco iris que nos hace pasar de un mundo gris a otro de colores, en el que bailamos cogidos de la mano, como en el graffiti de la fachada de mi colegio.

Esta es mi pequeña historia de Solidaridad.

FIN

salvar muros

El paso fugaz de una silueta recorriendo el hueco que forman el control con ambas paredes del pasillo se me quedó en la retina pero no le di más importancia.

Bajé la mirada y continué trabajando.

Me acababan de dar el cambio de turno de una noche “movidita”, en la que entre otras cosas había sido necesario abortar, según dijeron, un “intento de botellón” en la 439. “A saber...”, pensé yo. No quería predisponerme en contra hasta conocer el caso.

Cuando ya me había levantado para realizar la primera toma de contacto con los enfermos, casi de espaldas al pasillo, percibí de nuevo como dos siluetas lo recorrían, esta vez en sentido contrario a la anterior.

Me asomé pero no vi a nadie. Quien quiera que fuese, ya no estaba allí.

Al llegar a la habitación de la supuesta “juerga nocturna”, me encontré con un chaval de unos veinte años, de piel oscura casi negra y brillante, recostado, magullado, escayolado y solo.

A primera vista no estaba muy mal.

—Hola, buenos días..., ¿te llamas?

—Abdou —me contestó desde su lecho con un dulce acento extranjero.

—Muy bien, como Abdou te tengo apuntado. Yo soy María, tu enfermera hasta las tres. A ver, ¿sabrías decirme en qué fecha estamos?

—Sí, martes 13 de septiembre de 1999.

—¿Qué te ocurrió y cuándo?

—Me caí de una altura de tres metros ayer lunes.

—Qué miedo, ¿no? ¿Recuerdas como sucedió?

—Sí, por un descuido.

—¿Perdiste el conocimiento con la caída?

—No.

—Pero..., ¿lo tenías? —le dije sonriendo

Era muy listo, captó inmediatamente la ironía y, devolviéndome la sonrisa, añadió:

—Caí de pie y me destrocé los tobillos.

—Bueno —le repliqué—, pero también te amortiguaron la caída y no se te ha dañado el coco. ¡No hay mal que por bien no venga!

Noté cierta complicidad con él y, tras decirle dónde tenía el timbre, continué advirtiéndole:

—Si tuvieses dolor nos avisas, no tienes por qué aguantarlo, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias.

Al terminar la primera ronda, vi que tenía una planta aparentemente tranquila. Entonces recordé la conversación con Abdou. Algo me inquietaba... ¿Y su familia?

En la siguiente ronda, me crucé en el pasillo con un chico de unos trece años, de aspecto extranjero, quizá del este, que entró en la habitación de Abdou. Yo entré después, en el momento en que aquél le acercaba la botella de la orina a su amigo.

—Me espero fuera, avisadme cuando terminéis —les dije.

—¡Ya puedes pasar! — me gritaron desde dentro.

—Hola, ¿qué tal?, ¿has venido a ver a Abdou?, ¿cómo te llamas?

—Serguei.

—Pero tú, con la hora que es... ¿cómo es que no estás en clase?

—Es que me han expulsado tres días por mal comportamiento. La de lengua no hace más que joderme, y ya llevo tres amonestaciones.

Me tentó la idea de aleccionarle, pero la reprimí porque acababa de conocerlo.

—Bueno... Y vosotros, ¿de qué os conocéis? Porque... familia no sois, ¿no? —les dije sonriendo.

—¡Nooo! —exclamaron, al tiempo que me devolvían una sonrisa cómplice.

—Nos conocemos de la calle.

—Bueno, por lo menos aquí no estas perdiendo el tiempo. Estás haciendo una labor muy importante, cuidar a un amigo.

—Desde luego que lo es, me mimaba mucho, está muy atento a todo lo que necesito —dijo Abdou. Serguei, a diferencia de él, todavía parecía un niño.

Salí ante el requerimiento de una compañera.

A las once y media, aprovechando que me acercaba a otra habitación, llamé con los nudillos y me contestaron a coro varias voces. Cuando entré, vi alrededor de la cama a cinco adolescentes de ambos sexos y distintas edades cuyos aspectos y estéticas, muy diferentes entre sí, llamaron poderosamente mi atención.

—¡Pero bueno...! ¿y las clases?

—Es la hora del recreo— contestaron a una.

—Tened cuidado y no hagáis ruido, si no protestarán los vecinos de las otras habitaciones. ¡Ah! Y yo no os he visto, salid antes de veinte minutos de uno en uno y sin armar follón. Si no mandarán al de seguridad... Por cierto, ¿fuiстеis vosotros los que montasteis jaleo anoche?

—Sí, pero nadie trajo alcohol, no era un botellón, sólo estuvimos hablando.

Era agradable ver lo bien que parecían llevarse todos, teniendo orígenes, apariencias y edades tan diferentes.

A las doce, desde el control, solucioné el enigma de primera hora de la mañana: las siluetas que ahora, de una, en dos, en tres, fugaces, en el sentido de la salida, pasaban sigilosas para no llamar la atención ante las advertencias de la noche anterior, correspondían al grupo de amigos de Abdou.

Antes de irme a casa, aprovechando la ronda de despedida, entré de nuevo para preguntarle lo que me había venido preocupando.

—¿A qué te dedicas a diario?

—Estoy esperando los papeles de mi país para la convalidación y no puedo seguir con los estudios... Ni tengo trabajo.

—Pues mientras te llegan no tienes por qué perder convocatorias— le dije—. Aquí en esta ciudad hay varios módulos interesantes, unos más cortos que otros, como Autoedición, que te

habilita para trabajar en periódicos e imprentas. Se cursa en un año y no piden estudios previos, sólo tener diecinueve años.

—¿De verdad? —me dijo Serguei— A él le gustan mucho los ordenadores. Cuando viene a casa lo tengo que apartar de la pantalla... ¡Podrías probar! —le animó.

—Justo ayer —les dije—, inscribí a mi hija en el bachiller de artes. Me llamó la atención que no pedían el graduado en ESO... Bueno, me voy, piénsatelo y, si te decides, mandas a tu secretario, que no tiene otra cosa que hacer, no te vayan a cerrar el plazo. Luego ya te lo pensarás mejor.

A la mañana siguiente, tras el protocolo de entrada al servicio, fui a darles los buenos días.

Me llamó la atención que Serguei había pasado allí la noche, en el suelo, dentro de un saco de dormir, teniendo la tentación de una cama vacía ahí al lado. “Qué respetuoso”, pensé. Además, estaba siempre muy pendiente de las necesidades de su amigo. Se notaba que lo apreciaba.

Yo, por mi parte, durante la tarde anterior le había estado dando vueltas a la situación de los dos chavales.

Más tarde, vi a una mujer rumana que se acercó, según supe luego, para saber si alguno de los dos necesitaba algo. Cuando recogió a su hijo para que se diese una ducha y desayunara, aproveché para llevarle a Abdou el analgésico de las nueve y averiguar los mecanismos sociales que me temía tendría que activar

—¿Dónde están tus padres? Porque... Esa mujer que ha venido...

—Es la madre de Serguei, lo están pasando bastante mal en su familia últimamente y eso le está influyendo mucho. Su madre siempre dice que antes era muy buen estudiante. Pero no se deja aconsejar. Yo le digo que vaya a clase, pero no me hace ni caso. A ver si con el tiempo cambia de actitud...

—¿Y tu familia?

—Los míos siguen en Senegal.

—¿Y dónde vives?

—En la calle.

—¿Cómo que en la calle?

—Bueno, en una casa abandonada. Entro por la ventana.

—Pero...y cuando te den el alta, ¿cómo entrarás con las muletas? ¿No tienes algún familiar que te acoja temporalmente hasta que estés mejor?

—No...

—¿Y cómo has vivido hasta ahora?

—Gracias a mis amigos, a lo que me traen de sus casas.

—No te preocupes que voy a intentar ayudarte

Ya en el control, hablé a través del teléfono interno con la trabajadora social.

—No te preocupes, en diez minutos me acerco —dijo ella—. Seguro que a través de los talleres de empleo le podemos conseguir algún trabajo para que pueda cubrir sus gastos mínimos.

Los días fueron pasando, y cada vez me sentía más cercana al grupo, especialmente a Abdou. Sin embargo, seguía siendo para mí un misterio cuál era el secreto de su poder de convocatoria. En el tiempo que estuvo ingresado, pasaron por allí más de quince chicos y chicas. Casi todos acudían durante el recreo, al salir de clase, al terminar alguna extraescolar, o antes de volver a casa. Le llevaban comida, ropa, etc. Y se quedaban largos ratos haciéndole compañía.

Por fin, un día, hablando con él, descubrí el “secreto”: lo que los unía era que todos practicaban ese deporte en el que se utiliza el mobiliario urbano para hacer acrobacias, el parkour, y por lo visto Abdou era un maestro. Fue por eso por lo que se cayó, pero habían preferido mantenerlo en secreto porque no les daba miedo que lo prohibieran. Gracias a él se habían unido.

Lema : Virgo potens